

LA RESPUESTA DEL HOMBRE FRENTE A LO EXISTENTE: INTUICION Y PALABRA

I. — LA INTUICION Y EXPRESION ORAL DE LO EXISTENTE

Es común y frecuente creer que lo más fácil y natural es también lo más cercano a la verdad. Si esto es cierto, dejemos abierta la ventana de nuestras facultades cognoscitivas para seguir su curso espontáneo y preguntémosnos: ¿qué es lo que se presenta de buenas a primeras a todo hombre que se encuentra en este mundo? Sencillamente, nuestro primer contacto consciente en el mundo y con el mundo nos pone *de frente a cosas existentes*. Nada más y nada menos. Pero esto aparece en una luz tan indiscutible y diáfana, que no sólo en la praxis, sino también en clave científica y filosófica de cualquier filiación... allí está el material primero y virgen para toda operación, reflexión y progreso.

Así, antes de escalar nuevas dimensiones fácticas o especulativas, todo hombre, con vocación intelectual, debe reparar en ese panorama primero, desentrañarlo y atribuir especial importancia a este encuentro con lo existente. Luego, desde ese pedestal, está abierto el camino para nuevas estructuras, en una gama indefinida de riquezas, limitaciones y alternativas, que van desde la vida de cada día hasta el horizonte de las ciencias y las artes, para culminar con la visión metafísica. Antes de empeñarse y comprometerse con lo que la vida a cada uno le depara, ese panorama no buscado, pero impuesto pacíficamente por la naturaleza en la luz de la evidencia, debe quedar definitivamente localizado y aclarado.

Parecería una simpleza... ¿Quién no sabe que el hombre se encuentra frente a cosas existentes? Es cierto, todos lo saben, pero todos necesitan decirselo a sí mismos reflejamente, pues no basta saber que me encuentro rodeado de cosas existentes, sino que ¡necesito conocer su verdadera significación, alcances y consecuencias! Porque filosóficamente, una distinta interpretación de lo que es la cosa concreta varía la manera de pensar y de actuar.

El filósofo, muy especialmente, para ser sincero consigo mismo y hasta por ética profesional, debe dedicar especial atención a lo que está en la base de toda vida mental y *no pasarlo por alto*, como si se tratara de algo vulgar y desdénable. No piense en saltos o paréntesis u otros artificios; antes de hacer filo-

sofía, póngase en comunidad con su naturaleza y con sus semejantes y preocúpese de tomar *conciencia refleja* de que vivimos, pensamos y obramos entre cosas existentes, que requieren su atención y su especulación.

Es indiscutible que el primer acto mental por el cual percibimos lo existente es el juicio, o sea la operación lógica por la cual componemos o dividimos una idea de otra. Ese acto interior va acompañado de los términos orales que forman la proposición. La experiencia afirma que lo existente no entra en la conciencia del hombre *sin el lenguaje*: nos consta una cosa concreta la cual es afirmada o negada por uno o más predicados. Pero lo que aparece tan sencillo al conociente que piensa y habla, al ser analizado luego a la luz de la psicología, ofrece un proceso de mediación entitativa entre las cualidades captadas por nuestros sentidos y las ideas y palabras. La luz natural y primera que hace entender al hombre y expresarse supone, pues, todo un trasfondo. Por él el hombre interpreta fehacientemente, con su luz interior y abstractiva, el mundo de las cosas existentes. Sin embargo, esto dicho sea como de pasada, solamente para sospechar, al menos, que lo que la naturaleza nos presenta en percepción tan sencilla, encierra componentes ulteriormente desentrañables desde otros enfoques.

En nuestros escritos anteriores¹ hemos expuesto con riqueza de pormenores cómo estos juicios y proposiciones sobre las cosas existentes pertenecen a los juicios y proposiciones naturalmente conocidos que versan sobre materia contingente. Estos son constituidos por percepciones inmediatas, evidentes y unánimes. Mientras insistimos que la historia de la filosofía abunda con sus especulaciones, a veces alambicadas, acerca de la noción de existencia o de esencia o del ser, opinamos que es de sumo interés para todos los intelectuales aclarar esta base misma del conocer y del hablar, a saber, la cosa existente. De haberse tenido en la debida cuenta esta realidad, que no es tan sólo un participio presente del verbo existir, sino la fuente misma de nuestra vida mental, la filosofía habría evitado diluirse en temáticas llenas de humo, que impiden discernir la llama de la verdad.

Lo existente es intuido mediante una percepción humana, cargada de factores somáticos, intelectuales, semánticos, afectivos, volitivos. Pero también el término "intuición" se ha prestado a interpretaciones equívocas, motivo por el cual será inevitable, más adelante, hacer un recorrido por la evolución del pensamiento filosófico para definir exactamente qué entendemos por "intuición" y cuáles son nuestros puntos de contacto o de divergencia con respecto a la venerable tradición.

En el ínterin quede bien establecido que la primera experiencia de la realidad existente es un todo que nos hace recordar la muy conocida teoría de

¹ Cfr. *Conocimiento y Metafísica*, Edit. del Sur, Bahía Blanca, 1966, pp. 31-63. "Significado y alcance de lo naturalmente conocido", en *SAPIENTIA*, Nos. 82 y 83. *Conoscenza naturale e Riflessione completa*, Pontificia Università Urbaniana, Roma, 1974, pp. 19-52. "La Presencia originaria e ingenua del hombre en el mundo", en *Salesianum*, Anno XXXVII, No 1, pp. 103-118.

la forma, si bien nuestra intuición y expresión de lo existente no se limita al nivel sensorial o periférico, pues cuando el hombre nombra a las cosas concretas ve más hondo que las meras cualidades sensoriales, gracias a su espíritu, cuyo entendimiento alumbrando y abstrae la experiencia reparando en lo que es cada cosa existente. No tenemos constancia de cómo esto acontece, pues la naturaleza nos hace pensar en una máquina calculadora que nos brinda el resultado, sin que ella deje entrever el secreto de su mecanismo. Para no construir filosofía sobre la subjetividad, por creadora que ella pretenda ser, tén-gase en la debida cuenta que la cosa concreta existente se presenta al hombre como un “qué”, un “quid” en cuanto base y asiento del “cuál”.

Y si es notable comprobar cómo los juicios y proposiciones espontáneas de nuestras percepciones inmediatas, evidentes y unánimes no ven ningún problema cuando la luz deslumbrante e indiscutible de lo existente se les pone delante de los ojos, un análisis de los componentes del conocer se impone. Sin invadir otros campos específicos, digamos que esos componentes son especialmente el sentido y el intelecto. Y es en este campo donde la filosofía abunda en interpretaciones, siendo lamentable que las interpretaciones, las más divergentes, llegaron casi a ocultar o a subestimar la base de toda interpretación: la cosa existente ofrecida a todo hombre en forma tan llana y clara que estamos bien lejos de interpretarla como un funcionalismo sin profundidad de esencia. Pues todo hombre mediante su intelecto (“*intus legere*”) lee hondamente la realidad del mundo extramental desde los umbrales mismos de su actividad cognoscitiva. Las interpretaciones de la intuición primera de lo naturalmente conocido varían, pero nunca deberán deformar lo que espontánea y fehacientemente todos comprobamos: lo existente siempre es intuido como realidad profunda, que si tiene epidermis, no existe confusión alguna entre lo que es adjetivo referido a la cosa con la cosa misma existente.

No olvidemos, además, que lo existente no significa tan sólo las cosas inanimadas o irracionales, como las plantas y los animales. La gama de lo existente tiene un particular valor para cada persona humana en su singularidad, Los otros tienen un “yo” y lo son como yo lo soy: aquí podríamos hablar de *intersubjetividad*, un tema que tanto interesa al Neopositivismo.

Lo dicho hasta aquí es muy claro, porque está enraizado en nuestra visión primera, cuya corrección es impensable, queriendo ser coherente y no víctima de posiciones preconcebidas. Nos rendimos con honor ante la concreta realidad que nos invade.

Por lo tanto, la muy tradicional tesis de que la puerta de todo nuestro conocimiento es la experiencia sensible, como nos enseñó Aristóteles y sus discípulos, conserva toda su actualidad. Pero la experiencia de lo existente, común a todos los hombres, no se limita a lo meramente sensorial, sino que abarca *una visión humana*, por la cual el hombre se pronuncia sobre la realidad exterior unificada, configurada, calificada, totalizada, tonificada, proporcionada a la receptividad y antecedentes de cada cual. De este modo cabe afirmar que a pesar de la suave imposición de las cosas existentes sobre las facultades cog-

noscitivas del hombre, éste no es solamente pasivo, como si lo existente imprimiera una marca rígida sobre el hombre, a la manera de un sello. El hombre mediante sus facultades y dentro de la más absoluta fidelidad a lo que es el mundo exterior, tiene la iniciativa de iluminar, interpretar, abstraer, expresar mediante la palabra, reaccionar afectivamente, querer o rechazar lo que ha apreciado como conveniente o desagradable. La intuición primera de lo existente, de parte del ser humano, no es, pues, una esclavitud, sino una gloriosa rendición a la luz, puesto que la libertad no está hecha para contradecir a la evidencia; pero, al propio tiempo, todo lo que se recibe es recibido según la medida del recipiente y en este aspecto la fidelidad del conocimiento no elimina la vida interior de la persona que intuye la verdad, vive los valores, apetece lo bueno.

En el empeño de fijar cada vez mejor en qué consiste esta intuición de lo existente, tan específica y tan dilatada a la vez, antes de adentrarnos en la historia secular de la filosofía, comencemos por eliminar su acepción metafórica. La acepción metafórica de "intuición" puede producirse, cuando un hombre vislumbra el quid de la cuestión y así, en el orden práctico, toma decisiones saludables para salir del paso frente a una dificultad o peligro. En este sentido, la intuición metafóricamente considerada, es casi un instinto que hace salir al hombre de reales aprietos o le da la solución para arduos problemas. En la intuición así entendida, intervienen factores no totalmente racionales hasta llegar a un determinado punto de vista en la complejidad de elementos antagónicos. Así hay situaciones que no se pueden probar, pero la persona y la mujer de una manera muy femenina, las intuyen con acierto.

Quede bien aclarado que la intuición de lo existente no tiene nada que ver con la intuición en sentido metafórico. Nosotros, gracias a la naturaleza, vemos lo que salta a la vista porque está allí, porque es evidente, porque no hay posibilidad para una opción. Lo existente no lo he buscado ni lo puedo rechazar: entra en el foco de mi conocer con todos los derechos que le corresponden a la luz de la verdad.

Evítese, pues, afirmar que lo existente es *un mero correlativo* del acto del conocer en cuanto tal. Vivimos, hablamos y obramos en una luz tan decisiva que, de ser discutida, habría que callar definitivamente sobre todo otro tema, pues nada es más concluyente que ella. Desde mi subjetividad abierta al horizonte de lo existente como un ventanal de diáfanos cristales, me siento invadido en mi interioridad por cosas concretas que acreditan fehacientemente su realidad, tanto que necesito responder inmediatamente al estímulo con ideas y palabras. De suerte que las formas, los colores, los movimientos y cualidades todas que afectan los órganos sensoriales y la correspondiente facultad pertenecen a lo existente como a su sujeto natural, dado que en ningún momento las aprehendemos separadas del mismo.

En medio de tanta evidencia, hablar de solipsismo o de proyecciones de la subjetividad no sólo es contrario a lo que se percibe, sino sencillamente un absurdo que contradice el principio supremo de no contradicción. En efecto,

no sólo aprehendo la coherencia de lo que es ante mí y para mí, sino que experimento su resistencia, vivo su invadencia que es, no pocas veces, una imposición terminante que contradice mi deseo y mi voluntad. Y veo, siento y compruebo que existen otros yo que se comportan en forma idéntica a como yo me comporto. Estoy, pues, rodeado y sumergido en la *intersubjetividad*, la intuyo cuando me comunico y hablo con los otros hombres; esa intercomunicación me perfecciona, me enriquece, me conforta y, a veces, también me desalienta y abate. Todo esto es de tal manera intuido y hablado que mi “estar en el mundo de los existentes”, no es sólo una categoría filosófica. Se trata de algo más decisivo, más claro, más misterioso y más simple. Es así, pues, que la intuición y expresión de lo existente despierta mi conciencia psicológica y me coloca en actitud de diálogo, de opción y de responsabilidad.

Este poner al descubierto lo existente y mi existir es tan sencillo y llano, pero parece producir vértigos, cuando vuelvo sobre ello con actitud reflexiva; parecería que el santuario sagrado de la naturaleza se siente profanado cuando, yendo contra mano, la conciencia se vuelve autoconciencia. Pero es digno de tomar muy seriamente lo que no es problema para ningún hombre normal. Lamentablemente la filosofía, en sus capítulos de historia secular, nos ofrece especímenes de subjetivismo o interpretaciones nominalistas, interpretaciones inconcebibles al pensar y al hablar del hombre de la calle, quien, en este campo, levanta su voz contra el filósofo. En efecto, el filósofo peca de presunción, cuando en nombre de la filosofía se aleja del vivir común, de la luz inmediata, evidente y unánime de la humanidad. Por lo tanto, lejos de presuntos especímenes, intuimos la estructura concreta de la realidad extramental. Hasta la etimología del término intuición nos favorece. Es la voz “intuición” un término que deriva del lenguaje indoeuropeo y propiamente del idioma latino. *In=dentro; tueri=observar*; intueri, en castellano intuir, significa observar profundamente. Los sentidos son reforzados por la visión íntima del intelecto y el lenguaje oral, escrito o mímico se expresa en forma substantiva. La teoría de Aristóteles acerca del “*nous poietikós*” que Santo Tomás tradujo por “*intellectus agens*” podrá ser una teoría apriórica; pero algo profundo se da en el hombre, pues las cualidades sensibles que afectan nuestros sentidos son traducidas de entrada por cosas existentes. Aquí se da la intuición que nos ocupa, intuición que se hace elocuente al traducirse en proposiciones y lenguaje matizado por pausas y tonos de voz, que, a su vez, son el signo de nuestra participación al espectáculo que ofrece el mundo de lo existente.

Pero no todos los filósofos, refiriéndose a la intuición, se expresaron así como nosotros lo hacemos. Una visión histórica aclarará y fijará mejor nuestra posición.

II. — LA INTUICION EN LA EVOLUCION DEL PENSAMIENTO FILOSOFICO

Filosóficamente la noción de “intuición” ha tenido un itinerario complejo y, diríamos, casi equívoco. Nosotros nos hemos propuesto presentar en este

artículo en qué consiste la intuición de lo existente; pero en ningún momento hemos pretendido acaparar su uso o no monopolizar su noción, como si intuición fuera un término monofásico. Aceptamos que en los diversos enfoques de la realidad puedan los filósofos ver profundamente desde otros puntos de vista. Sólo que el tema de la intuición de lo existente es un detector demasiado comprometedor y elocuente en la verdad y en el equilibrio del conocimiento humano, para ser puesto entre paréntesis o sencillamente archivado como si perteneciera a un campo infrafilosófico. Todo lo contrario, siendo lo existente implicado tanto en el sentido común como *también* en la ciencia, en el arte, en la filosofía, no puede dejar de ser elemento básico y fundamental para la especulación metafísica. No es pensable tomar altura filosófica de validez en la verdad sin apoyar su despegue en la pista común y firme de lo existente.

Nos limitamos, aquí, al conocimiento o visión intuitiva; no tratamos de la intuición de tipo oriental, que tiende a la coincidencia entre conociente y conocido. Por otra parte, un vuelo histórico a través de la doctrina de acreditados filósofos, lejos de apartarnos del tema, será un paréntesis sumamente constructivo, a más de ser ilustrativo.

Queriendo recorrer a vuela pluma el panorama filosófico, digamos que *Platón*, en su cuadro mitológico y metafísico a la vez, nos presenta la intuición como contemplación de ideas o esencias eternas. (*Fedro* 247 B-C). *Aristóteles*, de su parte, afirma que se da un principio de conocimiento diverso de la demostración y que todas las cosas se demuestran a través de ello y con subordinación a ello (*Top.* VIII, 3, 159 b 2; *Anal. Post.* 10, 76 a 21). Más tarde *Plotino* se deleita en la contemplación del Uno (*Enéad.* VI, 9, 3, 17), mientras *San Agustín* sostiene que la Verdad, que es Dios mismo, habita en el hombre interior (*De vera religione*, 39) y permite, a manera de luz, ver las cosas particulares. Esta contemplación interior es un ojo secreto y simple (*De mag.* 12, 40). *Santo Tomás* concibe la intuición (intuitus) como presencia de lo inteligible al intelecto (*In I Sent.*, dist. 3, q. 4 art. 5) a manera de visión de valores eternos, como sucede en la Inteligencia divina (*S. Th.* I, q. 14 art. 13).

Ockham, con su vía moderna, adopta la intuición nominalista de las cosas singulares con exclusión de las esencias (*In I Sent.*, q. 2, 4-6), ciñéndose a la realidad concreta de notas individuantes y existentes sin el soporte de una esencia o principio intrínseco por el cual la cosa sustenta y ostenta las mismas notas individuantes. No advirtió *Ockham* que en su justa aspiración de desembarazarse de tantas formalidades obstruyentes, arrasó la cosa misma existente, pues el sentido o visión intuitiva de lo singular se realiza a través de la cosa existente, que es siempre esencia en el ejercicio del existir. *Descartes*, con el advenimiento de la filosofía moderna, se encierra en el capullo de la subjetividad. Así la intuición no sería asunto del sentido o de la interacción sentido más intelecto, sino exclusividad del intelecto que se repliega sobre sí mismo (*Regulae ad directionem ingenii*, reg. II). *Locke*, dentro de su empirismo, donde las ideas y las sensaciones se sobreponen, ve en la intuición el acuerdo o el desacuerdo de dos ideas (*Essay* IV, II, 1) y sus ideas simples, desde las sen-

saciones primarias y secundarias hasta las percepciones o emociones presentan indefinidas combinaciones. Para *Spinoza* la intuición es el tercer grado de conocimiento después de la percepción e imaginación (*Ethica* I, prop. 43, schol.), siendo así que la intuición tiende a la coincidencia del sujeto con el objeto conocido.

En *Kant* el problema de la intuición es amplio y variado. Sin querer entrar en la especialización, digamos, en una visión general, que la intuición es lo inmediato, pero no la mera receptividad de los sentidos (*C. R. Pura*, III, pág. 49). La intuición supone lo "a priori", pero no se da intuición sin sentido. Por otra parte, también habla *Kant* de intuiciones puras, v. g. las intuiciones matemáticas. Y queriendo sintetizar, sabemos que para *Fichte* la intuición es la conciencia inmediata, para *Schelling* la intuición es el acto del pensamiento, para *Schopenhauer*, en contraposición a *Kant*, la intuición es sólo intelectual (*El mundo como voluntad y representación*, Lib. I, 4).

En su método fenomenológico *Husserl* (*Ideas*, 2) tiene visión eidética o de esencias, después de la reducción que pone el mundo entre paréntesis. Para *Bergson*, a su vez, intuir equivale a ensimismarse con la realidad intuida (*La pensée et le mouvant*, Introd., II). Por otra parte, en su campo específico de especulación *Rosmini* y entre otros, *Sciacca* nos ofrecen la intuición de la idea del ser, contrapuesta al concepto (*Rosmini, Nuovo saggio sull'origine delle idee*, 1159; *Sciacca, L'intériorité objective*, Milano, 1952, pág. 31).

Hemos apenas mencionado a algunos importantes filósofos y esto ha bastado para sumergirnos en la, diríamos, angustiosa diversidad de enfoques, que constituye un índice de nuestra riqueza y, al propio tiempo, miopía intelectual. No excluimos que una misma realidad pueda ser enfocada desde muy diversos puntos de vista, pero creemos que, dentro de la pluralidad y diversificación, debe necesariamente existir acuerdo y unanimidad de todos los hombres en la puerta misma del conocimiento humano, unanimidad que debe derivar, como obvia explicación, de la misma naturaleza de lo conocido y simultáneamente de la naturaleza del conociente, que es el hombre... unanimidad, evidencia e inmediatez que sean el aval y el pedestal para progresar en la pluralidad de los ulteriores puntos de vista.

Sin esta piedra de toque, sin el reconocimiento de que todos somos hombres igualmente y que la naturaleza nos ha dotado a todos de la intuición de lo existente, expresada luego en términos substantivos, como que se trata de un atributo de nuestra constitución humana y, por lo tanto, de un requisito inherente al espíritu encarnado... seguiremos en esta especie de anarquía intelectual que parece afectar a la filosofía misma, hoy.

Los problemas, de suyo, van multiplicándose en campo filosófico y esto se explica por el nivel y altura de la especulación. Pero si careciéramos de *un punto de partida estable*, evidente y común, los cultores de la filosofía se ven demasiado expuestos a idealizar, a fabricar subjetivamente castillos en el aire y a excogitar sistemas ingeniosos, pero ontológicamente vacíos. La experiencia de los siglos y el panorama actual confirman, pues, la necesidad de este punto

firme y común para hacer palanca a los fines de una construcción sobre cosas existentes.

Hemos afirmado, y lo reiteramos, que la intuición de lo existente en los juicios naturalmente conocidos *no es la única forma de intuir* puesta a disposición del ser humano. Así los que llamamos “juicios analíticos”, v. g. el principio de no contradicción, a los cuales Santo Tomás reduce lo naturalmente conocido (C. G. II, 83) son auténticas intuiciones. Nosotros, a través de anteriores publicaciones, hemos visto que el apelativo de “naturalmente conocido” se debe, con mayor razón, a los juicios de existencia, o sea percepciones inmediatas, unánimes y evidentes, que son juicios sintéticos captando las cosas en el ejercicio del existir: ¡he aquí la intuición que aquí nos interesa! Pero afirmar un modo de conocer no equivale a monopolizar un término; el campo de la intuición sigue siendo amplísimo.

Así en el campo de la psicología experimental, la intuición, según *Piaget (La naissance de l'intelligence chez l'enfant, Neuchatel, 1936)* es algo pre-conceptual, que abarca lo sensorial, lo intelectual y lo ético. También la *matemática* intuye proposiciones indemostrables, cuales son las definiciones, los postulados y los axiomas. En el campo del arte, *la intuición estética* es una inspiración en la interioridad. Se trataría de un contacto vital consigo mismo, por el cual uno conoce y se conoce. También la *Teología* ofrece a nuestra consideración la intuición mística. Es ella una experiencia vivida del misterio, experiencia inherente a la realidad divina, en un campo que trasciende la psicología y la fenomenología y supone una interpretación teológica de los estados de oración, sin hablar del “lumen gloriae”. Nos encontramos frente a una gracia especial, otorgada a almas predestinadas, en la cual más que de intuición intelectual, se puede hablar de una unión afectiva, por lo que a este estado mortal se refiere.

III. — FENOMENOLOGIA DE LO EXISTENTE

Nuestra presencia en el mundo, en la intuición y expresión de lo existente, ha ofrecido tan amplio cotejo con las concepciones filosóficas divergentes, a fin de que el lector pueda captar convenientemente el mensaje que se propone ofrecer este escrito: un conocimiento primero, indivisible, simple y complejo a la vez, como horizonte común ofrecido al hombre, a todo hombre... conocimiento inconcuso que es fundamento de toda estructura y especulación ulterior.

Repetiendo conceptos ya vertidos, pero con la finalidad de enlace entre los distintos puntos, hemos comprobado cómo en materia cognoscitiva nos enfrentamos pacíficamente con el hecho más evidente, más decisivo, más contundente que la filosofía usa y dispone como base de operaciones para luego decolar hacia las alturas, metas y variedades de las cuales puede disponer el espíritu del hombre. Nuestro terreno firme, nuestra pista convenientemente consolidada y autorizada consiste en la cosa existente o lo existente simpliciter, que luego intuimos y formulamos con palabras.

Nosotros nos encontramos con la totalidad real y concreta: la existencia o el existir son atributos o efectos de lo existente. Lamentamos, pues, que la es-

peculación filosófica haya hecho demasiado hincapié en estas cualidades, pasando por alto el ser mismo de la esencia en su estado de realidad concreta. Ni sólo sentido (Materialismo), ni sólo intelecto (Idealismo o Racionalismo), ni sólo término (Ockham, Hume, Wittgenstein). Lo existente se capta y se dice en la convergencia de sentido más intelecto, gracias a la anteriormente mencionada luz interior que cada uno posee tan misteriosamente, luz que se proyecta sobre las cualidades sensoriales, no sólo para detectarlas, sino para leerlas, interpretarlas y atribuirles a un sujeto que escapa a la mera intuición cualitativa de los sentidos. Al abrir, pues, nuestra ventana y al enfocar la realidad, uniendo nuestra luz con la luz del mundo extramental, el hombre intuye y dice cosas existentes y nunca una existencia puramente dada o ideas abstractamente concebidas.

Intuye y habla el hombre y la diafanidad en la cual y por la cual se realiza esta operación excluye categóricamente toda creación subjetiva de un correlativo "ad usum" del conociente, como una forma "a priori" de nuestra interioridad. Dado que conocemos y expresamos el mundo extramental desde adentro a través de los medios físicos, fisiológicos y psicológicos... la tentación de afirmarnos en la inmanencia es siempre un peligro para el filósofo, cuando pretende separarse de los demás hombres, porque así cree que debe ser el filosofar. Pero cuando el cultor de la filosofía tiene bien en cuenta que, a la postre, es un ser humano, él también afirma que el intelecto y el sentido son imparciales al presentarnos lo existente. Y si quisiera el filósofo confirmaciones dentro de su nivel especulativo, queda a su disposición *la reflexión completa*, que el genio aquinatense pone a su completa disposición².

Como hicimos con el término "intuición" aquí también cabe pedir luces a la etimología y a la gramática, así captaremos mejor los alcances de lo que significa el participio presente "existente", como *valor máximo* y auténtica realidad. Como que la gramática estudia los elementos constitutivos del lenguaje y el hablar humano sigue a la naturaleza del hombre, consideremos la forma verbal "existir". "Existir" proviene del latín "existere", que significa salir afuera, aparecer, mostrarse, presentarse, etc., significados que confirman espléndidamente los alcances que hemos descubierto en su participio "Existente". Y queriendo ir más a la raíz de la significación, digamos que "existere" deriva de "sistere-ex" a saber "sistere" = poner, aparecer, presentarse y "ex", término sincategoremático o preposición que significa algo que *viene desde afuera*, como confirmación semántica para un realismo pleno y eficiente.

Según ya reiteradamente expusimos, cuando nuestras facultades cognoscitivas están abiertas al mundo extramental, entendemos, intuimos, decimos cosas existentes o, sencillamente, lo existente. Se trata de un participio presente, forma gramatical que indica la esencia o la cosa en un estado ni completamente abstracto ni completamente concreto en el sentido que excluya la in-

² *De veritate*, q. I art. 9. Cfr. nuestro libro *Conoscenza naturale e Riflessione completa*, Pont. Università Urbaniana, Roma, 1974, pp. 86-98.

tervención de la inteligibilidad. Lo existente *está en el medio* entre el presente de indicativo “existe”, puro hecho o facticidad que es en especial considerado por el Positivismo y Neopositivismo y “existir”, presente del infinitivo que expresa el puro ser, fuera del tiempo y de toda postura personal, lo que es bandera del Racionalismo. A este respecto, Santo Tomás vio claramente que la cosa concreta o esencia existente se debe al ser como acto del ente, o sea el “esse” desde la nada del ente y por creación divina es participado en una gama indefinida en cada existente. En este sentido, cada cosa real es una participación del ser que viene desde Dios a cada creatura y la primera aparición a la conciencia humana en forma de “existente” es una confirmación más del acierto con el cual los juicios naturalmente conocidos en materia contingente, convertidos en proposiciones en el lenguaje usual, captan lo real concreto en su presentación fundamental. “Existente” revela hasta su misma formulación expresiva la realidad primera y contingente, lo cual es una reválida de que lo naturalmente conocido en forma de cosa concreta es un don o mejor *una consecuencia* debida a nuestra naturaleza de personas humanas. ¡Existente, pues, expresa participación y contingencia!

Por lo tanto, no hace falta todo el aparato precaucional y artificial de la fenomenología de *Husserl* para llegar a lo puramente dado. Porque lo puramente dado es lo existente y éste quiebra y anula cualquier aprisionamiento, como pudieran ser los famosos paréntesis. Lo puro y primeramente intuido es lo existente que capta, intuye y expresa el juicio naturalmente conocido y no el “eidos”. *Husserl*, en su indiscutida buena fe, peca de prejuicios y es la resultante de una problemática que afectó a su tiempo y ambiente. ¡*Volvamos a la naturaleza!* Lo existente es el material primero y virgen para filosofar y no es necesario ningún aval o actitud preventiva frente a una evidencia soberanamente pacífica y deslumbrante.

No es nuestra intención entrar a considerar el saber de esencias de *Max Scheler* que es más admiración y amor a lo esencial que visión tranquila y diáfana; nos encontramos frente a una postulación de lo emocional, elemento que no excluimos, antes bien acompaña todo juicio naturalmente conocido como el tono ofrecido por la misma luz natural al invadir la conciencia. Pero lo primero es la luz de los juicios naturalmente conocidos; la emotividad es un elemento concomitante pero no clave y base de la gnoseología.

A la verdad, la filosofía contemporánea, virtualmente, está siempre muy cerca de lo existente, lo rodea, lo roza tangencialmente. Pero, cuando se trata de aterrizar con afirmaciones concretas, la vaguedad, la indeterminación o la posición preconcebida pretenden desautorizar la voz de la naturaleza, deslumbrante e irreversible. Ni se nos ocurre con esto coartar la iniciativa del filósofo, quien siempre tiene un campo muy vasto para su labor específica. Pero quede bien en claro que si tanto hemos insistido en la importancia básica de lo existente es porque, no pocas veces, fue no sólo subestimado u olvidado, sino que también fue rechazado como si fuera un espejismo o un campo indiferente o ajeno a la preocupación filosófica. Afirmamos categóricamente que todo mé-

todo filosófico deberá inventarlo de entrada como elemento activo y determinante de esa relación clave que se llama verdad en el conocer (conformidad del conociente con la realidad) y verdad en el decir (conformidad del que habla con su visión de las cosas concretas).

Es de interés comprobar cómo *Nicolai Hartman*, con el método fenomenológico, toma conciencia de que el conocimiento humano no se detiene en el objeto (todo conocimiento es objetivo, pues tiene un contenido al menos mental), sino que quiebra la capa aisladora transparente de la subjetividad para alcanzar el "Gegenstand". Sabemos que Husserl, al haber proclamado solemnemente la intencionalidad del conocer, sostenida por los medievales, acabó por empantanarse en lo objetivo o "nóema", nóema que no pasa de ser una imagen interior, término inmanente de la acción cognoscitiva. Para Santo Tomás, en cambio, la imagen intelectual o idea no es "lo que" ("id quod") conocemos, sino un medio en el cual conocemos ("medium in quo").

Volviendo a Hartmann, lamentamos que su meta transobjetiva es coartada en un realismo que pone un límite a la inteligibilidad, dado que más allá de lo transobjetivo inteligible se proyecta el campo inacabable de lo transobjetivo trans-inteligible. Nosotros sabemos que la inteligibilidad de nuestro espíritu, si bien siempre limitada, jamás tiene una última frontera que la agote. Además, la *Nueva Ontología* de Hartmann utiliza un método que podemos equiparar al empírico: ontología aporética y ametafísica. Su existente no admite, pues, la intuición de la esencia concreta en el ejercicio del existir y sus categorías primarias y secundarias no pasan de ser una estructuración prefabricada, a pesar de la fenomenología.

Sören Kierkegaard se enfrenta con la existencia como singularidad y parecería haber dado en el blanco. Pero, para dicho autor, la existencia significa un modo de ser del hombre plenamente realizado, que vive desde su más honda intimidad consciente. Así, mientras Kierkegaard ve el primado de lo individual, como categoría central de su pensamiento y es el individuo el que crea la subjetividad, no vemos lo existente como esencia en el ejercicio del existir. Kierkegaard está en extremada contraposición a Hegel y para él la esencia suena a alergia.

Karl Jaspers se refiere a lo existencial y no a la existencia. Pero su preocupación es salvar el ser humano de la masificación: hace centro en el hombre y no en el existente. La existencia sería autoposición y autorealización. El ser ni sería objeto, ni sujeto, sino lo envolvente, estructurado en capas que no pueden ser transpuestas, a no ser por la fe filosófica. Aquí también interviene un inmanentismo de cuño kantiano, que interfiere la visión y presencia inmediata e ingenua (no contaminada) de lo existente en el mundo.

Martín Heidegger, de su parte, al buscar insistentemente y con originalidad el ser del ente, no logra superar la corteza de los entes para descubrir el ser. Su profundo análisis del Dasein no se paraliza en un humanismo, sino que su ontología declara que la nada es el velo del ser, tan diverso de los entes. Aquí también este ocultamiento no desocultado es una posición tomada, sa-

crificando así la evidencia primera de lo existente, como donpreciado de la naturaleza a todo hombre. Heidegger nos rodea de misterio y nos hace intelectualmente miopes para ver lo que tanta importancia tiene en la fundamentación de los entes: en lo inmediato, lo naturalmente conocido; en lo mediato la exigencia de lo Absoluto. Nos encontraríamos en condiciones desventajosas de inferioridad en lo que es la clave del filosofar. Heidegger esperó pacientemente la desocultación y consultó al lenguaje en la esperanza de una respuesta satisfactoria.

Nosotros, en cambio, sin pretensiones y sin hacer alarde de especial sabiduría, vemos en lo existente esa clave indispensable que abre las puertas del filosofar, existente cifrado en un lenguaje sustantivado que revela un genuino campo ontológico. Nos atreveríamos a afirmar que *lo existente es el verdadero ente concreto que tiene el ser participado*. Lo existente es la realidad misma en su última y definitiva intimidad. El ser del ente nunca es inmediatamente intuido, sino postulado por la reflexión metafísica en la gama de la participación de lo creado hacia el Creador.

El ser en sí de *Jean Paul Sartre* parecería ofrecer alguna esperanza de encuentro con la visión primera de lo existente. Pero el "ser en sí" de Sartre es compacto, cerrado en sí mismo, inconsciente, lleno, macizo, algo así como la esfera de Parménides o la "res extensa" de Descartes. No se ofrece, pues, la evidencia de lo existente, abierto al entendimiento desde el primer encuentro en el juicio naturalmente conocido. Antes bien, el "ser para sí" o conciencia y el "ser en sí" se presentan como antagónicos.

Es lamentable comprobar cómo la filosofía contemporánea, a pesar de su espíritu despiadadamente crítico, no parece librarse de una especie de estructuralismo prefabricado. Así, por una verdadera paradoja, no ha sido puesto en su verdadera luz e importancia aquello que todos los hombres tratan, experimentan y expresan a diario: lo existente. Se trata del *valor de los valores*, del elemento tan buscado y apreciado en el anhelo que la intersubjetividad, del encuentro personal con el mundo, de *la respuesta del hombre frente a las cosas concretas*. Todas las personas que viven en el mundo viven y hablan de la presencia de lo existente, viviendo en un connubio de intercomunicación inmediatamente sentida desde adentro hacia afuera y viceversa.

Estamos lejos de *la actitud neopositivista* que atomiza la experiencia en hechos y verificaciones, pretendiendo que el método científico, reducido a proposiciones atómicas y moleculares, sea el único instrumento válido de conocimiento con la resultante alergia y auténtica fobia a todo lo que ofrezca alguna reminiscencia de la metafísica. A pesar de todos los méritos científicos de los neopositivistas, su actitud frente a la visión o intuición metafísica no es digna de una posición de imparcialidad. Ellos caen en un auténtico sofisma de petición de principio: el hecho como única explicación con el olvido de la explicación del mismo hecho.

La intuición y expresión natural de lo existente está plenamente de acuerdo tanto con el sentido común, tomado en su acepción más noble y genuina

como con las exigencias de todos los sistemas filosóficos, los cuales encuentran en la cosa que existe la totalidad plena que luego ellos consideran por separado y parcialmente, de acuerdo con su método, su genio, su inspiración. El "eidos" platónico, reiterado a través de los siglos por los diversos sistemas filosóficos, está en el umbral mismo de la experiencia humana, implícitamente consciente a todo hombre, quien, sin tener conciencia de ello, infiere en lo naturalmente conocido (inferencia funcionalmente mediata, pero gnoseológicamente inmediata) lo que trasciende la pura experiencia sensorial: la cosa existente o esencia concreta. Por otra parte, la existencia, proclamada por el existencialismo de todos los matices y tonos, encuentra en lo existente ese factor concreto, que es afirmación válida contra un mero esencialismo. Pero tanto de parte del "eidos" como por el lado de la "existencia" se descubren la imperfección de lo inacabado. En efecto, la existencia es el hecho de existir, que es cualidad de lo que existe y la "esencia", si no existe, es puramente mental. Lo existente, pues, es *el auténtico ser real*, completo, suficiente para responder a las exigencias de todos los sistemas, enfoques y puntos de vista. Lo existente está al alcance de todos; es el patrimonio primero del hombre en cuanto tal. Pero, a pesar de tanta sencillez, es propiamente en lo existente donde se encuentra el talón de Aquiles, a saber la vulnerabilidad de muchas concepciones filosóficas; vulnerabilidad por defecto, por cuanto ha faltado ese punto de apoyo sobre el cual se pueda construir, de común acuerdo, el saber humano. No es el caso de dar la voz de alarma, pero la apatía por la metafísica y el culto por lo fenoménico, periférico, la fenomenología misma... son índices de esas parcialidades que han sido constituidas como exclusividad y monopolio.

Por otra parte, queriendo desentrañar un poco más la fisonomía de lo existente, digamos que *es inestable* para nuestra conciencia, que lo capta. Esta conciencia, a manera de un reloj, se desliza, segundo por segundo, dejando atrás para la memoria lo que en cada instante es la presencia de lo existente en el mundo. Todo esto se debe a que yo mismo soy un existente, un participante de una perfección de la cual no soy el fundamento. Así este yo existente y consciente a la vez huye inexorablemente y se consume en el quehacer con los otros existentes. En esta interacción mi conocimiento viaja conmigo sobre los rieles de lo concreto, deslizándose en la velocidad acompasada, pero inexorable del tiempo, que nos consume hasta agotar la última reserva del existir aquí, ahora y así.

En este aspecto, lo existente intuido por el hombre en su faz metafísica, experimenta las angustias, las preocupaciones, las esperanzas, las tonalidades de una meta que debe ser alcanzada, cuando mi tren se detenga y deba bajar del tiempo para embarcarme en las alas de la eternidad. El deslizarse huidizo de lo existente humano implica una tremenda responsabilidad, pues fluyendo de cosa en cosa no siempre somos lo que debiéramos ser. Asoma aquí el acucioso interrogante acerca del sentido del hombre que, en cuanto persona existente, fluye individuo tras individuo, para ocultarse entre los bastidores de la historia. ¡Pero detrás de los bastidores está la esperanza!

IV. — EL LENGUAJE COMO RESPUESTA A LO EXISTENTE Y EL HORIZONTE
PROGRESIVO DE ESTRUCTURAS SOCIO-CULTURALES

Lo existente no sólo se presenta como naturalmente conocido y afirmado; él aparece siempre *en un horizonte* más amplio y, en cuanto tal, la respuesta del hombre a su presencia es siempre la palabra, cada vez mejor elaborada. Palabra continuamente variante de acuerdo a las culturas, épocas, evolución de las ciencias y de las artes. En este sentido el hombre es palabra. La misma definición aristotélica, con respecto al hombre de "Zóon logikón", mejor que animal racional, significa "Zóon éjon logon" o sea, *animal que tiene la palabra*. La intuición de lo existente es inseparable de la palabra, tanto substantiva (expresando esencias concretas), cuanto cultural, indicando la fase progresiva de la evolución intelectual humana.

El hombre es hombre porque tiene lenguaje y gracias al lenguaje. Su respuesta a lo existente es comunicada, como signo, a los otros "yo" y los otros "yo" la comunican a mí. No se trata del sonido que también los animales emiten como emoción, sino de *la intencionalidad inherente al signo*. Así el hombre explica a los otros y se explica a sí mismo, es *exégeta de la realidad*, pertenece a una comunidad de personas en la cual la fidelidad al signo es verdad moral, cimentada en la verdad en el conocer y, por ende, en el ser³.

Con todo, la ambigüedad de algunos signos hace que el lector no siempre interprete al locutor o al escritor: es la condición humana con su miopía, apresuramiento, intereses creados... sin que esto implique una enfermedad endémica.

De cualquier manera, los signos nos son mera funcionalidad o cómoda coherencia o regla del juego: el signo, como palabra, expresa la intencionalidad de esencia y de existente. El lenguaje es la primera manifestación de nuestro conocer; lo naturalmente conocido se intuye simultáneamente cuando lo expresamos, de modo que no hay conocimiento naturalmente conocido sin palabra substantiva.

Así es el comienzo y la psicología infantil pone de relieve todo el empeño del infante de expresarse con gestos, sonrisas, sonidos a medida que el mundo se le hace inteligible. Pero el hombre, en su progreso, no se anquilosa en los primeros juicios, sino que evoluciona y el progreso de la cultura se manifiesta a través del lenguaje, cada vez más expresivo, refinado, deslindado e incisivo.

Hoy la palabra está en la pantalla del progreso y también de la investigación filosófica, que no puede pasar por alto una realidad tan asombrosa. Lo lamentable es que, en una era de especialización, nos estamos olvidando del todo. Así como la medicina debe ver al hombre sano o enfermo y no los ojos, o el estómago o el corazón... de un modo análogo corremos el riesgo que la semiología y la semántica se preocupen esmeradamente de la palabra o del signo *separándolo* de los juicios naturalmente conocidos, que captan lo existente.

³ C. A. VAN PEURSEN, *Orientación filosófica*, Herder, Barcelona, 1975, pp. 15-18 y 83-88.

El lenguaje es privilegio de la persona que sabe atribuir al signo o palabra un significado que trasciende la funcionalidad y va a lo profundo de la realidad. El hombre más que animal sociable es un animal hablante. ¡El milagro de la palabra! Ni tiene órgano propio, pero su función deriva del espíritu. ¡Por la palabra el hombre afirma la identidad de las cosas y hasta su propia identidad como respuesta natural al contacto con lo existencial! El afásico no se conoce a sí mismo. Y toda la transformación del mundo y de su mundo el hombre la logra a través de estos signos que son mucho más que soplos de voz o auxiliares de la memoria. El nominalismo de todos los tonos, al preocuparse de la palabra, omite propiamente lo que es más específico: la dimensión de profundidad, que deriva de la intuición de lo existente. Es tan importante la palabra que Dios mismo al revelarse al mundo se presenta a los creyentes como "Logos". El Evangelio o buena noticia también es palabra y así la Fe nos entra por los oídos como lenguaje de Dios: la revelación es palabra que expresa y contiene la verdad de Dios. En el mismo plano bíblico, Babel divide y Pentecostés une a los hombres por la coincidencia del lenguaje.

Siendo signo convencional o *ad libitum* es el hombre el que crea la palabra, variante según la cultura y las lenguas, pero siendo el contenido o concepto idéntico y traducible en los diversos idiomas con sus matices, flexiones y pausas que enriquecen la totalidad perceptiva desde el sentido a la afectividad, en una unidad y conexión indisoluble con lo existente. Omitiendo el paréntesis de los sofistas que hacen de las palabras un instrumento para convencer, aun al margen del ser y de la verdad, Platón, Aristóteles y la filosofía medieval hasta Ockham unen el lenguaje con la metafísica.

Pero el padre del terminismo, Guillermo de Ockham y la filosofía que arranca desde Hume nos ofrecen un nominalismo vacío, pues separan la palabra de lo existente, o esencia concreta, no experimentable por los sentidos, pero intuida por la persona humana. El nominalismo monofásico acentúa la importancia de lo concreto, pero como conjunto o suma de experiencias y no como visión de una esencia existente. Se llegará así a Ludwig Wittgenstein cuyas *Investigaciones lógicas* ya no se preocuparán del significado de la palabra y lo trocarán en funcionalidad o regla del juego. Así nace la filosofía analítica, con centro en Oxford, en la cual el análisis del lenguaje se centra en el lenguaje común y científico, con exclusión de la metafísica. Lo existente, en cambio, se trueca en palabra y el lazo unitivo es la metafísica: lo dicho anteriormente avala lo que afirmamos aquí y ahora. Lo importante es que se conserve la *fidelidad* entre la palabra y su interioridad metafísica, de otro modo la palabra llega a ser moneda falsa por los posibles equívocos y mentiras, debido a los intereses creados por la codicia del hombre y muy lejos de la luz de lo naturalmente conocido. Habrá que precaverse de las frases hechas y de las mentiras que degradan y despersonalizan al hombre ⁴.

⁴ GEORGES GUSDORF, *Filosofía del Linguaggio*, Città Nuova Editrice, Roma, 1970, pp. 7-50.

Digamos, pues, que el conocimiento naturalmente conocido es extremadamente uno e indivisible en su *epifanía de existente y palabra* que lo denota. Fue un error de muchos filósofos olvidar la totalidad del conocer como horizonte, para detenerse artificialmente en análisis de elementos que emergen con posterioridad, como consecuencia de estudio y reflexión. Porque el horizonte de lo existente, lógicamente posterior a la sensación e intelección, es lo primero en la conciencia psicológica.

Lamentablemente muchos filósofos cayeron en el error de la llamada teoría del mosaico analizando de entrada los elementos del conocer y olvidando lo existente, como el horizonte de lo naturalmente conocido. Se trata de un horizonte sin paréntesis y no constituido por una coherencia subjetiva, sino de una totalidad intuita por la persona humana. Este horizonte primero, común a todos, se ensancha luego en los diversos horizontes culturales, de acuerdo a las épocas, geografía, estirpes, circunstancias, etc. Pensemos en la evolución de lo que es el sol, fuera de lo que aparece en el juicio naturalmente conocido. Así el idólatra, los astrónomos antiguos y los científicos modernos han variado, mientras lo que aparece naturalmente no está sujeto al tiempo, porque las estructuras culturales no alteran la visión ingenua, pero fiel de un contenido esencial: el progreso no contradice lo que la naturaleza nos presenta primeramente, sino que lo explica siempre mejor sobre la primera base que se mantiene incommovible. Queda excluido así todo amago de relativismo.

Y queda bien en claro que el horizonte primero de lo naturalmente conocido que capta lo existente del mundo extramental puede ser ampliado indefinidamente por la filosofía y las ciencias, pero no alterado. Se trata, en efecto, de un punto de apoyo inconcuso, donde es posible apoyar la palanca del saber humano. La intuición de lo existente hecho palabra es la respuesta que la persona humana da al mundo extramental que pacíficamente invade su conciencia psicológica; es la base y un comienzo seguro, avalado por la naturaleza misma.

Los otros horizontes tienen sentido y valor porque se apoyan sobre lo primero y naturalmente conocido. Si por un absurdo impensable la naturaleza nos engañara, ya no habría horizonte válido, a pesar del genio del filósofo o de la especialidad del científico. ¡Todo sería una alucinación y todo nuestro esfuerzo habría arrojado un puñado de nada!

Pero ahí está lo existente, ante los ojos y su luz se une la luz de nuestro espíritu que intuye y a la expresión de nuestro lenguaje que responde con signos intencionales, que son la palabra.

Volvamos a la naturaleza y apuntemos en lo existente, naturalmente conocido y expresado, el horizonte indefinidamente ensanchable de la filosofía, de las ciencias, de la cultura.

OSVALDO FRANCELLA

Universidad de la Patagonia "San Juan Bosco"